

Historia freak de Chile

VOLUMEN I

CAPÍTULO 1
EL POBLAMIENTO DE CHILE
(tarda pero llega)

1998. Tercero medio. Dos hipótesis acerca del poblamiento de América nos planteó el profe de historia con el objetivo, supongo, de inculcarnos el concepto de *teoría* científica sujeta a refutaciones.

En una esquina, la teoría alóctona: el ser humano, en una temprana manifestación de su condición de trasero inquieto, habría emigrado desde África, poblando el mundo a su paso. A nuestro continente habría arribado en alguna helada coyuntura en que la acumulación de hielo menguó los océanos y despejó el estrecho entre Alaska y Siberia.

En la otra esquina, la teoría autóctona. El *Homo sapiens* no habría migrado desde África, no señor, surgió en América. ¿Y dónde exactamente? Pudo ser México, Paraguay, Guatemala, pero no. Tenía que ser, de entre todos los países posibles, en Argentina, receta perfecta para cristalizar ese odioso prejuicio de que a los argentinos debes comprarlos por lo que valen y venderlos por lo que dicen que valen. El perpetrador de esta chifladura intelectual fue un naturalista y paleontólogo autodidacta trasandino llamado Florentino Ameghino.

Está bien enseñar a los escolares que muchas de las aseveraciones que damos por sentadas son solo hipótesis supeditadas a nueva evidencia. Está bien enseñar a cuestionar. Pero hay un límite que impone la cordura. Que las conjeturas destornilladas de Ameghino hayan sobrevivido tanto en nuestras aulas es casi equivalente a informar que ciertas aves desaparecen en invierno porque se

convierten en ratones (teoría en pugna hasta 1822, cuando una cigüeña con una flecha africana apareció en Alemania y cayó la teja de la migración intercontinental)⁵.

Hoy, análisis genético mediante, no hay sombra de duda. Nuestra especie tomó forma en la sabana africana y pobló el globo a lo largo de decenas de miles de años. La última glaciación alcanzó su pico hace unos 26 500. El manto de hielo se derramaba hasta siete kilómetros al oeste del lago Llanquihue, asfixiando lo que hoy es la Panamericana, Puerto Varas, Frutillar, y casi la totalidad del *Küchen Valley*. Como el agua para tanto glaciación viene de alguna parte, el océano oleaba unos 125 metros más abajo que hoy. El estrecho de Bering, que separa Siberia de Alaska, quedó al descubierto. Hace quizás 16 500 años bandas de hambreados persiguieron al piño de mamuts más carnosos sin advertir que colonizaban un nuevo continente.

En 2017 se anunció el impactante hallazgo en California de lo que se describió como herramientas de factura humana y un esqueleto de mastodonte intervenido, datados de 131 mil años. No estamos seguros si en efecto son humanos. Incluso si lo son, es casi seguro que aquellos trotamundos prematuros se extinguieron miles de años antes que los pioneros definitivos.

Los colonos de Bering, arribados en al menos tres oleadas, las emprendieron luego hacia el sur, a la siga de insumos para parrillar. En Norteamérica se toparon con un conjunto de grandes mamíferos que, al no haber coevolucionado con el ser humano, no estaban preparados para esta portentosa nueva maquinaria de caza. Como el periodo coincide con la extinción masiva de estas especies, muchos paleontólogos creen que los humanos se cuentan entre los responsables. Había incluso caballos, que de haber sobrevivido habrían reescrito el derrotero de las civilizaciones americanas. La enorme semilla de la palta (o aguacate, del náhutl "ahuacar", para testículo por razones obvias)⁶, que dependía de la megafauna para su dispersión, dependió en adelante de los humanos.

Respecto del largo viaje hasta el canal Beagle la arqueología ofrece solo retazos. Hay cierto grado de consenso respecto a la data de yacimientos de 16 000 años en Norteamérica, y de 14 800 años en Monte Verde, a un tiro de piedra de Puerto Montt. Todo muy controversial, debido al riesgo de contaminación con elementos orgánicos anteriores. Parece breve para tal distancia, pero basta desplazarse 27 metros al día para marchar de Bering al Seno de Reloncaví en 1700 años. Desde luego, la data de Monte Verde es solo lo más antiguo que se ha encontrado. Bien pudo ocurrir antes. En Tierra del Fuego se dejaron caer hace unos 10 000 años, punto en que hicieron un-dos-tres-por-mí en la última gran masa de tierra virgen (salvo la Antártica).

Con el correr de los milenios tomaron forma culturas con idiomas y costumbres propias. Lo que hoy es Chile fue no solo la última porción en ser poblada, sino también la que mantuvo la menor densidad poblacional del continente. Muchos se desplazaron hacia las costas a pecharle comida a la mar.

En torno al séptimo milenio antes de nuestra era, el clima se volvió más cálido. Es en esta época que se formó el desierto de Atacama, “el más seco del mundo”, como todos los niños chilenos recitan en modo papagayo. Hay varias estaciones que en forma regular pasan años sin recibir precipitaciones. Quillagua promedia 0,2 mm al año. Para obtener los más de 7300 mm que diluvian anualmente sobre la isla Guarello (donde CAP obtiene caliza para acero), Quillagua requeriría de unos 37 000 años.

A la llegada de los europeos, el esquema ultrasimplificado era más o menos así:

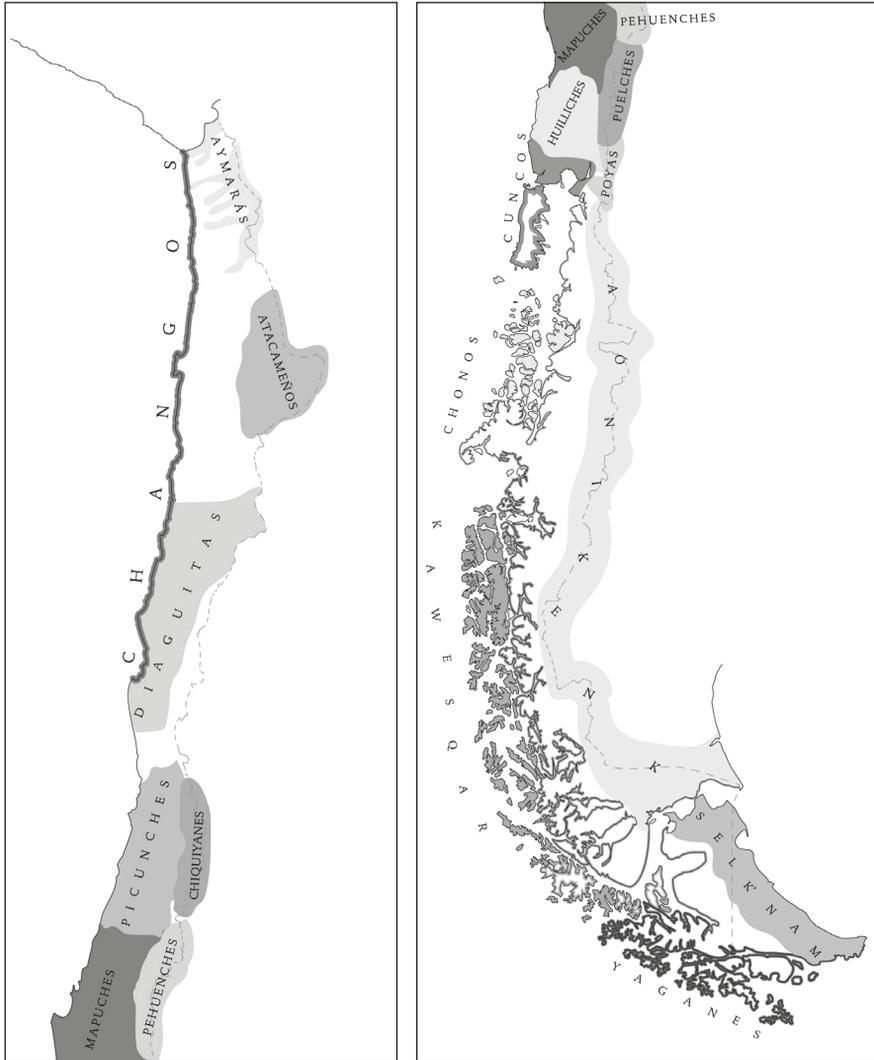


Figura 1: Mapa (aproximado y controversial) de culturas precolombinas.
Fuente: Instituto Geográfico Militar.

La gran familia mapuche es en realidad un paraguas para una multiplicidad de pueblos relacionados, pero con diferencias importantes y variantes idiomáticas no siempre inteligibles entre sí. Había tucapeles, purenes, elicuras, etcétera (de atuendos ceremoniales estos últimos vestían túnicas de *cochayuyo*, “hortalizas de

mar” en su idioma). Aunque por momentos impreciso, en adelante hablaré del término genérico “mapuches”ⁱ.

Conocemos yacimientos arqueológicos por lo general aislados y fragmentarios —de esos que retrasan la construcción del Metro—, y uno que otro vestigio excepcional. Como las momias de la cultura Chinchorro, cuya exponente más antigua precede en algo más de 2000 años a la más antigua conocida en Egipto. Como explica Rafael Sagredo “la aridez, que no permitía la descomposición de los cuerpos, y la erosión, que los descubría frecuentemente, hicieron que vivos y muertos, en definitiva, convivieran, lo que los llevó a tratar de controlar de alguna manera lo que la naturaleza de todas formas realizaba”. Otro caso es la deformación craneal practicada en el Norte Grande, escabrosa variante precolombina de la cirugía estética. Lo más común era elongar la cavidad craneal, como el Kramer del Museo de Cera.

No es mucho lo que sabemos. Conocemos mejor lo que ocurrió en Mesopotamia hace 4000 mil años, que lo que ocurrió en Plaza Italia hace 600. La razón es simple: los habitantes de estas tierras no llegaron a desarrollar escritura. Todos los sucesos previos a Hernando de Magallanes se pierden en la noche de los tiempos (fruto de este silencio, la 11^o edición de la Enciclopedia Británica consignó a los mapuches como potenciales inventores del ajedrez)⁷. No es motivo de sorpresa. Codificar significado a través de pequeños trazos es una ocurrencia tan excepcional que solo estamos seguros de dos invenciones independientes de escritura: en Sumeria en el cuarto milenio a. C. y en Mesoamérica hacia el 300 a. C. Respecto de todo el resto, incluyendo China y Egipto, no podemos descartar influencia externa. Las tablillas rongo rongo de Isla de Pascua, que no han sido descifradas y que ni siquiera es claro que sea texto, es muy posible que sean posteriores al contacto con los europeos.

i Y con “s” plural, como recomienda la RAE, cuando se escribe en castellano y no en mapudungun.

Tampoco contaban con el beneficio de la invención de la rueda (o más bien, del eje, el verdadero desafío técnico). De hecho, y a diferencia de la escritura, no hubo ruedas con ejes en todo América, salvo en juguetes. Y al norte, las construcciones colosales de incas, mayas, aztecas y compañía fueron erigidas con tracción mamífera, humana y no humana. El arado no se conoció en todo el continente.

Darwin quedó impresionado de lo arcaico de los fueguinos. Escribió que la diferencia “entre el hombre salvaje y el civilizado” era mayor que entre un animal libre y uno doméstico. Sus saludos, anotó, eran “menos interesantes que el de un caballo”. Pero Darwin no los reconoció como los creadores de *mamihlapinatapai*, quizás la palabra más sofisticada de todo idioma conocido: “mirarse el uno al otro, esperando que uno de los dos ofrezca hacer algo que ambos desean que se haga, pero que ninguno de los dos quiere comenzar”⁸.

¿Implica esta precariedad que los pioneros nativos americanos eran una raza inferior? ¿Sobras genéticas siberianas a las que no les quedó más remedio que huir por Bering? Algo por el estilo pensaron los conquistadores pero hoy estamos mejor enterados. De acuerdo con la conocida tesis de Jared Diamond, los euroasiáticos se avisparon antes por ventajas biológicas y geográficas: usufructuaron del mejor stock de granos comestibles y de la gran mayoría de los animales domesticables de gran tamaño. Eurasia se extiende además de este a oeste, lo que permite la transferencia tecnológica, mientras que el embudo americano impidió el flujo de cultivos e innovaciones agrícolas entre norte y sur. Cuando los primeros bravos saltaron de Siberia al nuevo mundo, algunos milenios antes de que estallara la revolución agrícola hace unos 12000 años, no tenían idea de que se aislaban en un sector hartamente favorecido para la conformación de civilizaciones. (Desde luego, la tesis de Diamond no está libre de críticas. Se le ha reprochado, entre otros, la minimización de los factores sociales. Un antropólogo la llamó “porno académico”).

Muy poco antes de la llegada de Pizarro, el Imperio inca vio con ojos de deseo la angosta franja de terreno meridional entre los Andes y el mar, y subyugó todo a su paso. Fue una campaña de seis años que tuvo lugar en algún punto cercano a 1485 (sin escritura no me pida data exacta). Sometieron a diaguitas y atacameños quienes luego les sirvieron en las campañas de más al sur bajo el apelativo de “yanaconas”, derivado del quechua para servidumbre. Quizás en este periodo alguien le preguntó a un atacameño cómo llamaban a su idioma y respondió “kunza”. En realidad “kunza” solo significa “la nuestra”.

Los incas prosiguieron hacia la zona comprendida entre los ríos Aconcagua y Mapuchunco (o Mapocho). Es posible que hayan denominado al valle de Quillota como *Chili*, el río que riega la región de Arequipa de donde procedían. También se da el caso que *chile* en quechua es “lo mejor de una cosa” y la zona era fértil y provista de lavaderos de oro en Marga-Marga. Un manjar para almas chovinistas. Otros sostienen que nuestro topónimo deriva de *chilli*, “donde se acaba la tierra” en aimara. O *tchili*, frío en quechua. El abate Molina, más creativo, lo adjudicó a la onomatopeya del canto del trile. Nunca lo sabremos. Como sea, se refería solo al valle del Aconcagua.

En la ribera sur del Mapocho los incas fundaron una ciudadela administrativa y religiosa. El espacio abierto comunitario era precisamente el de la Plaza de Armas de Santiago, que los españoles mantuvieron como espacio de reunión.

El vestigio más espectacular de la presencia inca es el cuerpo muy bien conservado de un niño de ocho a nueve años sometido a un entierro ritual a 5400 m de altura, cercano a la cumbre de El Plomo. En 2003 se probó que el pequeño estaba infectado de triquinosis, de lo que se deduce que la *Trichinella spiralis* estaba en Sudamérica antes de la llegada de los europeos (investigadores serios plantean que el bicho desembarcó ¡en expediciones chinas previas!). En El Plomo los indígenas no estaban ni cerca de su

plusmarca de altitud. Con los 6710 metros que alcanzaron en el Llullaillaco mantuvieron el récord mundial por cuatro siglos¹⁰. Menos suntuoso, pero tanto o más informativo de la presencia inca, es el topónimo Conchalí, “caca seca” en quechua¹¹.

Mientras Colón se paseaba de corte en corte buscando financiamiento para su locura transatlántica, unos 20 000 incas colisionaron con una alianza indígena —a quienes hoy llamamos picunches— al sur del río Maule. Los incas intentaron la vía diplomática, pero sus rivales respondieron que no habían venido a despilfarrar el tiempo en palabras vanas, sino a luchar hasta vencer o morir. Luego de tres días de batalla sin ganador claro, los invasores se replegaron al norte a consolidar lo ya conquistado. Llamaron a quienes habitaban al sur del río Maipo *purum awqa*, “extranjero salvaje”, en referencia a su acefalía política. Con el tiempo el término se castellanizaría a *promaucaes* (el cronista Jerónimo de Vivar se mandaría el chamullo que *promaucaes* significa “gatos monteses”).

La historia que conocemos mejor es el proceso que se destapó el 12 de octubre de 1492, aun cuando ni los propios expedicionarios entendían muy bien dónde estaban parados. Lo que sabemos: Colón retornó a España con inservible piritá pensando que era oro, inútiles cortezas pensando que era canela y chiles que tomó por pimienta¹². De contrabando, la tripulación portaba una horrenda e inaudita enfermedad de transmisión sexual. En Italia la llamaron enfermedad francesa, y en Francia enfermedad napolitana. En Rusia, enfermedad polaca, y en Polonia enfermedad alemana. Para los portugueses era la enfermedad española y para los turcos la enfermedad cristiana. En India, los musulmanes culpaban a los hindúes y los hindúes a los musulmanes. La confusión se zanjó con poesía. En una pieza de Girolamo Fracastoro, Apolo castiga al pastor Sífilo con este nuevo mal y hoy hablamos de sífilis¹³.

Tras cuatro viajes, Colón murió convencido de que había arribado a las Indias. Tan despistado estaba, que al desembarcar en

Cuba y notar que le apuntaban hacia *Cubanacán*, “el centro de Cuba” en lengua nativa, creyó que se referían al *Kublai Kan*, el gobernante mongol de China¹⁴. Solo quienes siguieron cayeron en la cuenta de que lo que yacía al oeste era espacio fértil para saciar la sed de conquista.

Españoles y portugueses se repartieron los nuevos territorios a través de una seguidilla de bulas papales y luego del Tratado de Tordesillas. Todo oleado y sacramentado por Alejandro VI, un papa que reconoció cuatro hijos pero cuya cifra exacta nunca sabremos. Francisco I de Francia, fastidiado por semejante falta de delicadeza geopolítica, exigió que le mostraran la cláusula del testamento de Adán en virtud de la cual se los excluía de la repartija del mundo. Mientras, acá en Chile, nadie se enteraba de nada.

Flotas de barcos suministraron al Caribe con tropeles de cazafortunas. No es casualidad que la propia palabra oportunidad provenga del latín *op portum*, hacia el puerto¹⁵. La mayoría eran buscavidas de baja estofa. Cervantes decía que en el puerto se encontraba “la hez de España”. Los menos eran hidalgos, o baja nobleza (“hidalgo” deriva de *fijo d’algo*, o “hijo de algo”, en particular alguien con posición social)¹⁶.

Esta inmigración temprana fue de predominancia andaluza, lo que en gran medida explica el quiebre entre el castellano ibérico y el americano, incluyendo la salvaje selva lingüística chilena. Explica Darío Rojas que los andaluces practican rasgos como la aspiración de la /s/ final, el seseo (la no diferenciación de los sonidos /s/ y /z/), el yeísmo (la no diferenciación de los sonidos /y/ y /ll/), el voseo (el uso del “vos”, que en Chile predominó hasta hace poco), y la conservación de la aspiración de /f/ inicial latina.

Durante el primer siglo, cerca del 40 % fueron andaluces los que arribaron en América. En el caso de las mujeres, casi el 70 %, todavía más relevante porque el idioma se transmite primordialmente a través de las madres. Más aún, la inmensa mayoría, andaluces o no, pasaba periodos más o menos prolongados en Andalucía antes del zarpe definitivo a América. Luego transcurría

un largo viaje en un medio dominado por marineros andaluces (y polizontes de las “islas de los canes”, i. e. islas Canarias). Sobre todo en el periodo inicial, el más importante para efectos de nivelación lingüística, los aventureros pasaban luego un buen periodo en las Antillas, el *hub* de la colonización, remate definitivo de aclimatación idiomática.

Ya al otro lado del charco, el castellano americano se nutrió de savia local. Por influencia antillana se incorporaron palabras tales como canoa, hamaca, jaiba o bucanero. Esta última, derivada del *boucan*, un marco de madera empleado para ahumar carne que adoptaron los bucaneros franceses¹⁷. Menos conocida es la comparación con la menstruación de los fluidos rojizos de ciertos bivalvos llamados *chuchas*, razón por la que en ciertos países sudamericanos es una expresión vulgar para vulva, y en Chile de-rechamente el tipo de palabra que no se dice frente a los suegros¹⁸.

Avalados por las bulas papales, los peninsulares comenzaron a ocupar un territorio que parecía no acabar jamás, irradiando expediciones hacia el norte y el sur a partir de las islas antillanas. La más lejana e intratable, nuestra esquina suroeste, no sería la excepción.